



## PREFACIO-ANÉCDOTA

### LA LIMOSNA DEL SAGRADO CORAZON

.....Se levantará sobre la ciudad culpable y castigada como un escarmiento en el sitio de un crimen..... Apartará los peligros del presente y servirá de lección para el porvenir. Monumento de fe, enseñará á nuestros nietos nuestras desdichas, nuestro arrepentimiento y, si Dios quiere, nuestra redención.

#### I

**J**UAN estaba de pié en el alto del acirate. Hubiérasele podido tomar por la estatua de la flacura, si no fuera porque movía los brazos accionando. También accionaba en aquel mismo sitio, en época anterior, el telégrafo antiguo de Montmartre. Después habían hecho allí una torre de yeso, que se llamaba Malakoff ó Solferino, ó no sé qué otra cosa así, pues el tiempo de que voy

á hablar no era el mejor seguramente para retener nombres victoriosos.

A la sazón no había ya nada en aquella cima de París, sino los vestigios de unos terraplenes levantados á toda prisa tres años antes para poner en batería los cañones de la *Commune*. Estábamos á últimos de Julio de 1873.

A lo primero creí que Juan hablaba solo, cosa que le acontecía algunas veces cuando no tenía nadie con quien hablar; pero conforme iba subiendo por la ladera, me fuí convenciendo de que tenía por lo menos un interlocutor, pues oía una voz que respondía á la suya. Una voz alegre y simpática, aunque revelaba cierto cansancio y acaso cierto sufrimiento. En el punto en que comencé á percibir distintamente las palabras, decía:

— Mucha gente viene ya á ver desde que se ha presentado la ley á las Cortes. Parece que la iglesia estará aquí mismo donde estamos nosotros. ¿Ve usted la linterna del Panteón, allá por encima de las torres de Nuestra Señora?

— Sí,—contestó Juan;—es decir..... no nos alabemos: yo no veo más que la niebla; pero sé que deben estar allá las torres y la linterna.

—Pues bien,—continuó la otra voz;—aquí, detrás de V., á la derecha de esas irrisorias fortificaciones

que enviaron á M. Thiers y á sus valerosos ministros hasta Versailles, se colocará el altar mayor, cuya primera grada estará precisamente á la altura de la cruz de Santa Genoveva. Y cuando el sacerdote oficiante se vuelva á decir á los fieles: «El Señor sea con vosotros,» el aliento de su salutación reanimará á todo París, que es, según dicen, el corazón enfermo de Francia.

Juan alargó la mano, sin duda para estrechar otra mano, y noté la emoción de su acento cuando preguntó:

— ¿Ha predicado V. la palabra de Dios, hermano mio?

—No, nunca—le contestaron.—Antes de ser, como soy ahora, una boca inútil en nuestra Orden, enseñaba á leer á los niños de los que fusilaron á los dos generales, aquí cerca, en el corral del académico.

En este momento llegué yo al alto y ví á la persona que daba conversación á Juan. Era un hermano de la Doctrina Cristiana, cuyas facciones regulares y dulces, pero enfermizas, denunciaban una prolongada lucha con el dolor. Estaba sentado, por lo cual no había podido yo verle antes: su asiento era el reverso de la comodidad; no tenía respaldo, apenas se levantaba del suelo y hacía el efecto de un exi-

guo banco de césped, en donde el polvo hubiera destruido la hierba. A su lado yacían un mal cayado y un devocionario forrado de franela raída.

En la manga derecha de su vestido no había brazo. Parecía tener unos treinta años á lo sumo.

—Mira, mira—me dijo Juan—el excelente conocimiento que acabo de hacer en pago del trabajo de haber llegado el primero. Este buen hermano es un inválido del sitio. Le hicieron la amputación en el bosque de Vincennes, al aire libre, con un frío de doce grados bajo cero, mientras desclavaban ya la tienda de la ambulancia después del combate de Champigny. Habíase metido demasiado por levantar á un oficial de los movilizados de *Ille et Vilaine*, que había caído herido en la escampada, y á la vuelta recibió tres balazos; dos que le destrozaron el brazo, y otro que le partió la rodilla al volverse de cara al enemigo para mostrar la cruz internacional.

El hermano me devolvió el saludo enternecido, y añadió:

—La rodilla le da mucho que hacer al médico de nuestra casa matriz; pero no admito eso de que fué demasiado lejos, pues que salvé á mi subteniente, que hoy está sano y bueno, á Dios gracias. Era joven, muy joven y llamaba á su madre..... Tenía excelente corazón. Me ha escrito allá desde Breñaña

para saber noticias mías y anunciarme su boda. ¡Ah, qué fuerte era yo entonces! Le llevaba al hombro cuando recibí los tres balazos, y me dije: ¡Tente firme; Dios está en todas partes! La rodilla me dolía tanto, que lloraba como un cobarde; mas, con todo, anduve bastante ligero, pues me reuní al batallón, y no solté á mi bretoncito hasta que caí redondo, ya dentro de las filas.

Sus pálidas mejillas se habían coloreado un poco, y se sonreía. Juan se sentó á su lado y le dijo:

—La verdad es que esta historia merece ser contada por extenso. Vamos, hermano, le escuchamos á usted.

Pero el hermano respondió:

—No tengo más que contar. Ya lo he dicho todo.

A pesar de ser temprano hacía mucho calor. Juan y yo nos habíamos citado tan de mañana en el acerate para librarnos de la fuerza del sol al visitar el sitio que se decía haber escogido el señor Arzobispo de París para edificar su gran basilica del Sagrado Corazón. Se hablaba mucho de esto á causa del voto de la Asamblea. Notábase que la Iglesia del Voto Nacional iba á reemplazar justamente las fortificaciones levantadas por la insurrección. En estas alturas, desde donde los insurrectos hacían llover poco

antes el hierro y el fuego sobre la capital de Francia, el hombre de Dios, el pastor heredero de tantos mártires, había recibido la misión de plantar el estandarte de la paz perpetua. En este lugar, templo ya en los tiempos de la barbarie pagana, é iluminado luego con los resplandores del heroísmo cristiano, donde San Dionisio había muerto vencedor de los ídolos, donde San Ignacio había nacido al más grande apostolado de los tiempos modernos, en esta montaña, manchada por los altares de Marte y de Mercurio, pero rescatada por la oración y glorificada por la sangre, iba á surgir un templo al mandato de un santo obispo, como cruz inmensa de un nuevo Calvario, extendiendo sus brazos para abrazar á la vez á París, á Francia, á Europa, al Mundo.

Y precisamente al otro día de la terrible bacanal movida por el odio, era cuando el pensamiento de un príncipe de la Iglesia, aconsejado por la voz milagrosa del Salvador, caía en buena tierra cual fecunda semilla, germinaba allí, todavía invisible, pero preparaba ya el nacimiento lleno de gloria, desde el cual iba á elevarse y á florecer la obra, símbolo de nuestras esperanzas sobrenaturales.

Me acuerdo que, bajo el reinado de Luis Felipe, allá cuando la carmañola de los charlatanes descar-

gaba como un torbellino en este pobre París, enloquecido por los motines pseudo-literarios, por las revoluciones industriales, por las religiones ateas y por otras mil enfermedades trágicas ó grotescas; en tiempo de los Sansimonianos, de los Furrieristas, de los Jóvenes-Templarios y de Jerónimo Paturot, se echó á volar un pensamiento que á mucha gente pareció grandioso. Un artista, M. Preault, propuso *tallar* el acirate de Montmartre. ¿Qué quería hacer de él? No lo sé á punto fijo; pero me figuro que se trataría de representar á una dama adornada con gorro frigio, ó á un emperador coronado de laurel: á Napoleón ó á la Libertad. Nuestro siglo no ha sabido adorar más que al cañón ó al hacha.

He citado el proyecto del colosal estatuario, no para reirme de él, que hace ya mucho tiempo que no me río de nada, sino para mostrar á qué alturas se cierne la Religión aun por encima de lo imposible. La Cruz tiene verdaderamente á la fantasía bajo sus piés.

El Catolicismo no talla las montañas para fabricar juguetes monstruosos, sino que eleva todavía más las más altas cumbres, haciéndolas al mismo tiempo accesibles; construye en ellas torres que tienen sus cimientos en las entrañas de la tierra, y las corona con el símbolo del perdón, oponiendo el

hermoso contagio de sus ternuras á las epidemias del odio.

Y llena estas casas de luces tan vivas, que sus muros, penetrados de esplendores, brillan como faros, llevando á todas partes su radiacion luminosa, merced á la cual las almas extraviadas encuentran su camino á través de la noche de la humanidad.

## II

Todo esto que acabo de manifestar estaba yo bien lejos de sentirlo en el mes de Julio de 1873. El mundo católico habia acogido con entusiasmo la idea de que M. Guibert se habia hecho promovedor; pero yo entonces no formaba todavía parte de ese mundo más que por cierta atraccion bastante vaga de mis instintos y de mis recuerdos. Era un cristiano de teoría y de imaginacion, detenido no sé por qué en los umbrales de la iglesia, pero fuera de ella.

Conozco innumerable multitud de personas que están lo mismo. Por ellas es preciso rogar con preferencia.

La expiacion monumental preparada por el Arzobispo de París aparecía ante mis ojos como un

gran poema. Sentíame obligado á admitir en él la religion; pero lo que más deseaba ver en él era el arte. Me habia tomado el trabajo de buscar el profeta que habia de escribir, en versículos de piedra, el majestuoso salmo de nuestra penitencia. El hombre tan hábil y tan de actualidad que ha hecho el teatro de la Ópera, era el primero que acudía á mi mente, pero me disgustaba. Como quiera que sea, el Sr. Ch. Garnier siempre habrá ejercido sobre su época una influencia real bastante difícil de definir. Me daba miedo él y cualquier otro por causa suya. Ya veis que me adelantaba no poco á los celosos promovedores de la obra. La mosca rara vez va en la trasera del coche, sino á la cabeza de los caballos.

No creo yo que el Sr. Garnier haya fundado una nueva escuela; pero la turba perjudicial de los imitadores contribuyen por unanimidad á darle fama y recogen cuanto de él procede. Ni cristiano, ni pagano, ni romano, ni griego, es un Nabab de Asiria que hace al mismo tiempo lo chico y lo grande, que concibe diabluras babilónicas exageradas con maravillosos accesorios, lo cual agrada lo que no es decible.

Paréceme que Nabucodonosor, convertido en bestia, anda vagando por el peristilo de esta Bolsa

de la sensualidad que llaman la Ópera, tipo de lo gigantesco en miniatura, excelente bazar donde todo se vende, el arte, los oficios, la vergüenza, la gloria, el placer y la ruina. Este es el género de actualidad; y no olvidéis que de dos años á esta parte la magnífica escalera, obra maestra al estilo sátrapa, tiene todas las noches 20.000 francos de entradas. París trepa por ella á cuatro piés, como Nabucodonosor.

Está visto, pues, que á París y á mí nos gusta esta obra, propia de Nínive, más curiosa que ninguna otra de las edificadas en nuestros días. Sólo que París nada teme, y yo tiemblo por los demás palacios y aun por las catedrales. En este siglo de imitación desenfrenada, en que las manos están tan prontas y tan tardo el pensamiento, puede cualquier arquitecto meter la mano en el bolsillo del Sr. Garnier y sacarle (me lo estoy temiendo) un plano que debe haber allí entre otras obras maestras: el plano de la pagoda de Baltasar.

Pero entiéndase bien: no quiero decir que el talento extraordinario del autor de *La Escalera* sea incapaz de trazar una bóveda cristiana; creo precisamente lo contrario, y sólo hablo de los imitadores, gente merodeadora que cambia en cobre vil el oro robado. Con razón ó sin ella tenía yo la pesadi-

lla de ver destacarse en la cima de Montmartre lo que ellos llaman «una idea,» alguna cosa nueva, alguna invención, quizás hasta alguna cosa ORIGINAL; en una palabra, una iglesia de ACTUALIDAD. Y como recordaba el fabuloso costo de la Ópera, que llamó en París la atención casi tanto como la Ópera misma, preguntábame yo dónde encontraría nuestro Arzobispo una mina de oro capaz de reemplazar al Estado, que de mil amores paga los gastos de las óperas, pero no los de las basílicas.

Era yo, pues, un si es no es de oposición, como suelen ser todos los malos feligreses. La futura iglesia del Sagrado Corazón me parecía soberbia como bandera de fe, útil como protesta, elocuente como cántico ó plegaria; pero la encontraba cierto color de lujo y perfume de temeridad.

Juan me decía: «No juzgues tú de eso, porque estás demasiado lejos del altar. Por presuntuoso que seas, ¿tendrás la pretension de examinar el estilo de un poema escrito en lengua para ti desconocida?.....»

Aunque confusamente, veía yo que Juan tenía razón y que me faltaba el compás para medir estas cosas; pero no daba mi brazo á torcer y me quedaba con mi opinión. Siempre hay que tener una.

## III

El hermano Ignorantino (1), si hemos de darle este hermoso nombre de que la pública ingratitud ha hecho casi una injuria, no pertenecía ya á ninguna de las escuelas de distrito. Vivía retirado en la casa matriz, donde, á consecuencia de sus heridas, se habían suavizado para él las austeridades de la regla, y tenía permiso para venir á Montmartre todos los días que hacía buen tiempo. Como él nos había dicho, allí habían corrido los años de su juventud; antes de la guerra se dedicaba á enseñar á leer á los niños, pobres salvajillos de la ciudad fabril, que no oyen nunca el nombre de Dios más que en la blasfemia. Les amaba con ternura, y ahora volvía á verlos. En aquellos terrenos del acirate, que después han sido trastornados á costa de tantos trabajos, sólo encontraba entonces la soledad. Se sentaba en la hierba, leía algunas líneas en su libro forrado de franela, rezaba mucho y á veces reunía en derredor suyo á los muchachos vagabundos para contarles

(1) *Ignorantins* llaman los franceses á los Hermanos de la Doctrina Cristiana, cuya principal misión es enseñar el Catecismo á los niños.

alguna interesante historia. Sabía muy bien que su vida terrestre tocaba á su fin; pero no era esto para él motivo de vanagloria, sino que animaba con una santa alegría su paciencia.

Conocía palmo á palmo el cerro, y nos le enseñó todo. Apoyado en su muleta llegó hasta el borde del acirate que avanza sobre el campo arenoso por donde va ahora el nuevo *boulevard*. Desde allí dominábamos á la derecha la ciudad, erizada de monumentales maravillas; en frente los arrabales de la miseria; á la izquierda la llanura, cuyo centro señalaba la veleta de San Dionisio. Seguía después la barriada industrial, coronada de vapores, los verdes oasis de Saint-Ouen, Enghien, mancha gris, donde la especulación, los anuncios y la política cultivan sus dependencias amontonadas alrededor de un lago más profundo que el estanque del Palacio Real. Mas allá de todo este aburrimiento que hace esfuerzos desesperados por divertirse, la selva, una verdadera selva tapizaba lo lejano de las colinas, mostrando á nuestro purgatorio de París el paraíso de la campiña francesa.

El hermano nos enseñó este panorama explicándonos sus detalles con cuatro palabras sumamente sencillas, cada una de las cuales era una pincelada. Juan no solía tener curiosidad de ver nada; era

además muy míope, de lo cual no le importaba gran cosa; nunca he visto á nadie que se cuide menos de mirar. Como veía dentro de sí mismo cosas que le interesaban, se había acostumbrado á creer en los objetos exteriores bajo la palabra de los demás.

Pero aquel día no sé qué le dió, que apoderándose de mis gemelos, no cesaba de mirar con ellos. Creo que debía mirar el paisaje que el sol iluminaba profusamente; pero estoy seguro de que vió algo que le llamó la atención, más allá de los límites del paisaje, porque luego exclamó:

—Puede un velo cubrir la conciencia de un pueblo lo mismo que los ojos de un hombre, y este es el milagro que debe hacer el voto nacional de penitencia.

Miró un instante, mas con la sorpresa incrédula de los niños, y temiendo que no le hubiéramos comprendido, añadió:

—Es ciertamente una figura grande y conmovedora, aun cuando en el fondo no se trate más que de un simple par de gemelos. ¿Puede darse nada más hermoso que un remedio para la miopía de los entendimientos y de los corazones? Yo mismo no sabía que era corto de vista. Oía decir á los demás que veían, pero me parecía una cosa indiferente. Y

cuenta que no me quejo de haber mirado á Dios en mí mismo, sin observar apenas los espectáculos que forman el esplendor material de su obra. Quizá los adivinase yo tan hermosos como los veis vosotros y acaso más. La cuestión no es esa. Para vosotros estaban presentes estas cosas; para mí no existían, ó porque no las conocía, ó porque las había olvidado, que eso lo mismo da, y ha bastado un simple círculo de cristal para creármelas. ¡Ah! yo contaré esto en San Sulpicio, y hablaré del Sagrado Corazon.

Quise que se quedara con mis anteojos, pero me los devolvió inmediatamente como si hubiera temido abusar de aquel prodigio.

—Que sea un cristal,—añadió,—un hecho ó una palabra, ¿qué importa? Lo cierto es que la ceguera del hombre puede ser curada. Pienso en los que sufren, en aquellos á quienes envuelve la niebla de la desesperacion, en mis obreros, á quien los enemigos de Dios fatigan poniéndoles una venda en los ojos... Te digo que todo esto es grande y que la bondad de la Providencia inunda mi corazon. La iglesia del Voto será el telescopio colocado en lo alto de la montaña, y gracias á él, verán de repente nuestros ojos más allá de las barreras de la mentira.

El hermano, que iba delante de nosotros haciendo de *cicerone*, se detuvo junto á un lienzo de pared protegido por unas tablas y dijo:

—Aquí es.

Estábamos á la entrada de la finca del difunto Sr. Scribe, el autor dramático que celebraba las ganancias de su propio genio en la lengua de Virgilio, tomando por enseña una pluma con estas cuatro palabras, que él creía latinas: *Inde fortuna et libertas*: por lo demás, persona apreciable que tenía el derecho de dar dictamen, pues era académico, para fijar la lengua de Bossuet.

El hermano separó una tabla, y nos mostró el sitio donde habían sido fusilados los generales.

—Allí estaba yo—nos dijo,—rodeado de aquellos infelices poseídos de furor. Me tenían prisionero. A casi todos los conocía, á algunos de ellos les doy todavía limosna; pero no son estos los que hieren y asesinan: el pensamiento homicida está detrás de ellos.

Rezamos los tres un *De profundis* por las almas de aquellos republicanos, asesinados por la República. Acaso Dios haya visitado su última hora. No sé qué tristeza indefinible oprimía nuestros corazones. ¡Ah! No hay nada más triste que el suplicio de los Girondinos, á no ser esa cosa burlona que anida

en las hojas de los libros y que llaman en serio la gloria..... la gloria de los Girondinos.

Algunos días antes me había yo arrodillado en el suelo de la calle de Haxó, y se me había deshecho el corazón en lágrimas. No había allí más que un pobre muro como aquí, acribillado á balazos; pero un soplo de vida animaba para mí la soledad de aquel lugar miserable. Allí había esa otra gloria, que es lo contrario de la gloria de los Girondinos, y que es la Gloria. El jesuita Pedro Olivaint y sus compañeros cayeron en aquel polvo, desde entonces sagrado, cantando el himno de las grandes alegrías; y Jesús, el divino Mártir, hijo de María, presidió aquella fiesta de propiciación..... ¡Olivaint, espíritu apacible, corazón grande, caridad espléndida, soldado, soldado de pacíficas violencias!.... Ya me acercaba yo al buen camino, pues mis lágrimas eran de alegría..... Una muerte como la tuya, deseada largo tiempo y abundantemente merecida, vale tesoros de perdón; y tu último suspiro, padre mío muy amado, rescata para la fe á los Girondinos y á sus verdugos.

## IV

Veinticuatro horas hacía que era conocido el voto de la Asamblea, y á medida que París se despertaba, iban y venían á Montmartre algunos curiosos hablando de la Basílica que se proyectaba levantar. Habíase recientemente abierto, para reconocer el terreno, un pozo, el cual estaba rodeado de una empalizada. En torno de ésta se reunían algunos grupos, donde se hablaba de las inmensas dificultades que había que superar aún para saber si era ó no posible la construcción del monumento en aquel sitio. El hermano nos dijo que algunos redactores de periódicos, muy inteligentes en la materia, habían subido la cuesta expresamente para afirmar después que el proyecto era impracticable, dando en favor de su opinión las razones que les parecían mejores. Lo absurdo de la empresa les daba gran contento. Había quien decía que, dada la naturaleza de aquel terreno, el edificio, al cabo de algún tiempo, se metería por la tierra como se mete la licencia de un soldado en su canuto. Otros pronosticaban que cualquier mañana, después de una noche de lluvia, la Basílica se pondría en marcha co-

mo los barcos, cuando se botan del astillero á la mar, y se iría majestuosamente á aplastar el barrio de Nuestra Señora de Loreto.

Juan oía con atención al hermano, que contaba estas cosas con mucha gracia, y de cuando en cuando me miraba con desconfianza, como suponiéndome cierta complicidad, si no precisamente con aquellos redactores de la prensa avanzada, al ménos con aquellos cristianos *prácticos* que se echan á temblar al poner el pié en un terreno tan ardiente como el del Sagrado Corazón.

—¿Sabes tú—me preguntó de pronto,—si el señor Thiers ha votado por el proyecto de la Basílica?

—No lo sé—le respondí;—pero no me extrañaría, porque durante el Imperio votaba con los católicos en las cuestiones de interés para el Papa, y en favor de su poder temporal.

—Por señas que sobre esto tuvo una discusión histórica con el Sr. Barthelemy Saint-Hilaire....

—Ya me has contado eso otra vez—le dije:—es apócrifo.

—¿Cómo apócrifo?—preguntó el hermano.

—¡Apócrifo! ¡apócrifo!...—exclamó Juan:—nunca han disputado el Sr. Thiers y su fiel amigo más que esta vez. ¡Figúrese usted, hermano, una riña de fami-

lia! Thiers en esta ocasion no era el más fuerte. Estrechado por los cargos de su excelente amigo, que le acusaba de abandonar decididamente el libre-pensamiento, opuso á ellos al principio su buen humor, que, según dicen, era inagotable en la intimidad; pero al fin, acosado y puesto ya en aprieto, exclamó:

—Pues bien, lo confieso; personalmente no tengo nada contra Dios.

—*¡Bien lo sabe él!*—replicó tristemente M. Barthelemy Saint Hilaire:—y esto es lo que le envalentona.

Juan lo contaba admirablemente; así es que la primera vez que se lo oí, me hizo reir mucho con esta historia, que probablemente sería invencion suya, pero que no dejaba de ser verosímil. El hermano, sin embargo, no se rió, ó porque no comprendió el sentido, ó porque quizá la burla le pareciera exorbitante.

Juan prosiguió dirigiéndose á mí:

—No es que quiera hacerte el obsequio de compararte con el Sr. Thiers, pero tienes algo de esa clase de religion. Esa frase tan ridícula «personalmente no tengo nada contra Dios,» es la expresion exacta y aun algo favorecida del estado de respetable moderacion en que yace dormido el

pensamiento del mundo *práctico*, en su esfera más inteligente, y tú formas parte de ese mundo. No dejo yo de tenerles un poco de buena voluntad á los que han estado en el Liceo y guardan cierta neutralidad benévola para con Dios. Siempre es una galantería de su parte. Tú, por ejemplo; tu opinion en el fondo es decente y pulcra, porque si temes á los *clericales*, es por interés del mismo Dios; y para defender á la Iglesia has dado con el ingenioso recurso de encerrarla en un armario.

Sin embargo, compagname esto si puedes: esta idea clericalísima del voto de Francia te inspira cierta especie de entusiasmo. Hasta te has tomado el trabajo de inventar la frase con que aplaudirla con toda reserva: Es una *sublime imprudencia*,—dices. Y esta fórmula conciliadora permite á tu corazon entusiasmarse, sin que tu cabeza pierda nada de su estimable *sensatez*.

Más adelante mirarás con una mezcla de gratitud y curiosidad estos días de transicion en que estabas ya circundado y verdaderamente bañado por la virtud de la Cruz, pero en que todavía podías retirarte de ella á voluntad, y salir perfectamente seco. Los que te aman é imploran sobre ti la luz de lo alto con paciente anhelo, se asustan más bien que se regocijan de esa apariencia de fe en cierto modo

literaria y ficticia, en que tu imaginacion entra separada de tu alma, y que te deja todos los síntomas de la indiferencia, incluso hasta el más característico, la cobardía, disfrazada de sensatez; pero yo, que he pasado por ese camino, te veo andar y espero.....

La anécdota del Sr. Thiers introdujo nuestra conversacion en el centro mismo de la cuestion de la basílica. El hermano estaba bastante más fuerte que nosotros sobre los orígenes del Voto. Había asistido á la sesion de los comités católicos del 5 de Mayo de 1872, donde el pensamiento de la obra fué referido de una manera tan conmovedora. El hermano nos dijo lo que había oído, y según él lo dijo, os lo refiero.

Era en la hora más cruel de nuestros desastres. Un cristiano aislado y voluntariamente desconocido, recibió esta inspiracion en la soledad de su alma, lacerada por la inmensa desgracia de la patria. Este cristiano estaba exento de cólera hasta el punto de creer en la buena voluntad del Dictador que usurpaba entonces el Gobierno de Francia. No ponía en duda su patriotismo; pero le veía, como todo el mundo, lamentablemente inferior á su empresa, dissipar nuestros supremos recursos, inutilizar nuestros soldados, aniquilar nuestros generales, y redoblar

sus fanfarronadas á medida que su insuficiencia pesaba más cruelmente sobre la agonía de su país. Todo era desesperado; Bourbaki caía en el Este al ruido de la orgía garibaldina; Chanzy no tenía ya soldados. La nacion más valerosa del Mundo (1) exhalaba su último suspiro..... El cristiano desconocido, solo, sin mision de nadie, usurpador también, arrodillado á los piés de un Crucifijo, en un cuarto de una posada, consagraba esta ruina tan querida al Corazon sacratísimo de Jesús.

¡Oh! ciertamente, muchas personas á quien yo no debo criticar, pues hasta ayer mismo participé de sus timideces, hallarán aquí motivo para sonreirse. ¡Quiera Dios iluminar á aquellos que todavía tienen sobre los ojos la misma venda que yo tenía sobre los míos! Es preciso rogar fervientemente por ellos, perdonarlos de todo corazon; pero sobre todo, amarlos, amar á los mismos á quienes hay que combatir. Tal es la ley. ¡Vamos á entrar en ese inmenso piélago de amor, donde los hombres se reconciliarán, porque ese es el corazon de Dios!

Aquel cristiano desconocido, que no quiso dar su nombre á su obra, hizo oracion y vió sobre sí un resplandor desusado. Como le agobiara su aislamiento,

(1) Lo que dice un francés.—N. del T.

confiose á otra alma igualmente piadosa, y ya fueron dos cristianos á conspirar por la liberacion del país. Abrieron luego sus conciencias á Monseñor Pie, y el santo y elocuente obispo de Poitiers bendijo la hermosa locura de sus esperanzas.

Trabajaron, y llegaron á ser diez: un santo religioso de la Compañía de Jesús fué su consejero y su guía: Monseñor Guibert, Arzobispo entonces de Tours, les animó con su bendita palabra, y yo no sé cómo, á pesar de ser entonces tan difíciles las comunicaciones, se propagó en seguida la idea por toda Francia, como impelida por la gracia.

Nuestros ejércitos no alcanzaron victoria. El señor Thiers no llevó la persuasion al animo de los soberanos extranjeros, ninguno de los cuales hubo que nos tendiera la mano; y cuando todo lo que era de la tierra nos faltaba, Francia, desprovista de todo humano auxilio, recibió la suprema herida, fué mutilada.....

Y sin embargo, vive..... iba á decir que ha resucitado..... ¡Bendito y glorificado sea el Corazon de Jesús!

## V

En el espíritu de los fundadores era esta una obra de expiacion. Siglos hacía que París y Francia entera estaban olvidados de Dios: la basílica debía ser el testimonio de su arrepentimiento..... «Se levantará—dijeron—sobre la ciudad culpable y castigada, como un escarmiento en el lugar de un crimen. Apartará al mismo tiempo de nosotros los peligros del presente y servirá de leccion para el porvenir, mostrando á nuestros descendientes nuestras desgracias, nuestro arrepentimiento, y, si Dios quiere, nuestra salvación.»

«Hemos visto—añadían—que alejándonos del Señor, la vida se aleja de nosotros: el poder, la energía, el amor patrio, la habilidad, todo ha desaparecido con la fe. Volvamos, pues, á buscar nuestra vida social en su fuente verdadera, en el Corazon de Jesús, de donde salió la sangre que regeneró al mundo.....»

«¡Jesucristo ama á los franceses!»—exclamaba algún tiempo después el P. Montsabré en la cátedra

de Nuestra Señora:—«les ha colmado de glorias: les ha dado la gloria de las leyes, de la magistratura y de las armas; la gloria de las ciencias, de las letras y de las artes; la gloria del heroísmo, la gloria del apostolado y la gloria de la santidad.

»¡Jesucristo ama á los franceses! Les libra de peligro de muerte; Tolbiac, Poitiers, Bouvines, Orleans, Denain, son nombres de salvacion, más todavía que de gloria. Cuando el valor de los hombres no corresponde á la grandeza del peligro, nuestro divino amigo suscita una doncella para blandir la espada de San Luis, y Juana de Arco salva por Cristo al reino de Francia....

»¡Jesucristo ama á los franceses! No ha permitido que como tantos otros pueblos, fuesen separados del cuerpo de la Iglesia (1) por el cisma ó la herejía; les ha dado á sus reyes el título de cristianísimos, y á su Francia el nombre de hija primogénita de la Iglesia..... (2)

»Jesucristo ama á los franceses y á Francia. El Esposo de la Iglesia ama á la hija primogénita de la Iglesia. La Iglesia sufre, la Francia está enferma. Cuando esta hija valiente y generosa podía sostener

(1) El autor pone aquí una nota diciendo que la cita no es literal, sino tomada de memoria, y al poco más ó menos.—N. del T.

(2) Así han llamado á Francia los franceses.—N. del T.

una arma, Jesucristo la decía: «Defiende á tu madre.» Pero hoy, ¡oh Jesús, Esposo de la Iglesia, arma tu propio brazo! Francia, tu hija pecadora, no puede sostener el acero, y acude á tu nombre y á tu amoroso corazón: *Christo ejusque sacratissimo Cordi Gallia pœnitens et devota.....*»

.....«El que resucita á los muertos, ¿no ha de poder volvernos la vida?» «Señor,—le diremos,—si hubieras estado aquí, tu inmortal Esposa no estaría cautiva y su hija no hubiera muerto.» Él nos responderá con voz dulcísima: «Francia, nuestra hija, no está muerta; no está más que dormida.» Y dirigiéndose á los miserables restos de la gran nación, dirá: «¡Francia, levántate; sal afuera! *Gallia, veni foras.....*» Y ahí teneis á la gloriosa muerta, de pié, resucitada por el amor; ahí teneis cómo se arrepiente y se consagra á Jesús y á su Corazón amantísimo para siempre.....»

El texto original de estas palabras era mucho más elevado y mucho más hermoso, y recuerdo que juntaba con la idea del voto nacional la esperanza más cara de cuantos aman á Francia: la pacificación interior de la patria. El elocuente religioso, potente como un profeta, desgarraba un jirón del velo del porvenir, y mostraba los hijos de Francia libres ya de sus odios impíos, agrupados, reunidas sus almas en

una, formado otra vez más el pueblo invencible y rey, consagrado por el bautismo de Clodoveo.

No sólo la multitud de fieles congregados bajo los bóvedas de Nuestra Señora oyeron este inspirado llamamiento, sino también todos los católicos de Francia. La obra surgió entonces grandiosa bajo la protección del Arzobispo de París, el cual puso también el peso de su venerable palabra en el platillo favorable de la balanza. Desde la altura del Calvario romano, donde la cruz nuevamente plantada sostiene la imagen viviente de Jesús que sufre y que ora, descendió también la ofrenda del padre común de los fieles cristianos, ofrenda magnífica, aunque menos preciosa que el tesoro de su bendición. Todos los Obispos hablaron á un tiempo, y la bolsa del Voto, apenas abierta, pesaba ya más de medio millon.

Entonces fué cuando el eminente Pastor de la diócesis de París se dirigió al Gobierno y le pidió que reconociese la obra por una ley. Esto sucedió en pleno siglo XIX y tres años después del reinado blasfemo de la *Commune*. El Gobierno se mostró favorable. Presentada la ley, tuvo por defensor á un hijo católico de Alsacia, provincia tan querida y tan llorada, y conforme con su discurso, la Asamblea, por trescientos ochenta y dos votos contra ciento

treinta y ocho, declaró..... «la utilidad pública de la iglesia que, por medio de una suscripción nacional, se proponía el Arzobispo de París levantar en honor del Sagrado Corazon de Jesús sobre la colina de Montmartre para atraer sobre Francia, y más especialmente sobre la capital, la misericordia y protección divina.»

¡Esto sucedió, repito, en pleno siglo XIX, siglo de la putrefacción creadora, del acaso vencedor de Dios, y de la mona, *alma mater* de la humanidad! ¡Esto sucedió en presencia de los que niegan los milagros! El tiempo presente tiene esta página en su historia.

El voto de la Francia católica fué así ratificado por la Francia sin epíteto.

No es, pues, la conclusión material del edificio la que arreglará la deuda de la patria para con Dios; la deuda está ya arreglada por la ley, en el sentido de que estamos todos comprometidos á pagar en la forma elegida. Dios nos ha abierto un crédito regular. «Quien tiene un plazo para pagar, no debe.» Sobre esto se funda el código especial de los comerciantes; pero este axioma tan favorable, está compensado con una sanción muy severa: la quiebra.

Este término, verdad es, no está inscrito en la ley; es un secreto de Dios y su servidor el santo